

# COMENTARIOS

## EN TORNO A LA EXPOSICION DE ARTE ROMANICO: «LA RUTA DEL ROMANICO ALTOARAGONÈS»

**D**E un tiempo a esta parte, de un feliz tiempo a esta parte, en los puntos de rango internacional en los veraneos y en los centros de gran lujo, no se comprende que en los meses estivales no haya una exposición de escultura o de pintura, que, sin duda alguna, es uno de los mayores alicientes de los turistas que nos visitan y de aquellos españoles que en sus vacaciones buscan el cambio del cotidiano ambiente en que viven durante el resto del año.

Muchos artistas no descansan ahora en la temporada que antes se dedicaban a preparar «el invierno»; en la actualidad es la época de invierno la que se dedica a preparar la temporada de verano. Así, pues, San Sebastián se ha incorporado en el pasado verano a esta inquietud artística, ya que sigue siendo cabeza de puente en el signo de la moda, adquiriendo ese tinte de *belle époque* que, sin discusión alguna, conservan aún Biarritz o Arcachón y San Juan de Luz, ciudades que han adquirido ese tono nostálgico que siempre se ha dado a los lugares de la Costa Azul y del centro de Europa, algo distantes a nosotros, pero siempre dispuestos a situar un ambiente y un tiempo feliz que revive en el recuerdo y perdura con su indiscutible rango.

Hoy, las corrientes de la moda, aunque se conserven las tradicionales como reliquias a las que obligatoriamente hay que volver, discurren por cauces distintos: pequeños pueblos italianos y franceses como Saint Tropez, o españoles como Torremolinos y Marbella en la Costa del Sol, Benidorm y Sitges en el litoral levantino-catalán, o la serie de Mallorca, Gran Canaria o la picuda isla de Tenerife, atraen a su cielo azul y garantizado sol a quienes buscan la calma y el sosiego en estos

tiempos de inquietud y de naufragios sin cuento. Pero con esto, no pretendemos hacer disquisiciones sobre los vientos que hacen girar la rosa de los caprichos humanos o del bienestar material y espiritual, que casi todos los hombres tratan de encontrar, sino simplemente aplaudir el buen acuerdo que este año tuvo el Ayuntamiento donostiarra organizando una exposición de arte, con la colaboración del Museo de Arte Contemporáneo y que ha constituido un gran éxito entre los visitantes que este verano han acudido a San Sebastián. Desde Chillida, el escultor que llena las más famosas galerías universales, hasta una antología de nuestros actuales pintores. Santander, que celosamente sigue cuidando sus ya tradicionales festivales unidos al rango cultural de la Universidad de la Magdalena, en este año ha llevado algunas exposiciones individuales, algunas tan valiosas como las de Lapayese y las de nuestro laureado Beulas. En Asturias tampoco han faltado estas manifestaciones artísticas, destacando la exposición de Oviedo de Arte Sacro. Torremolinos y Marbella con «abstractos» y «concretos», donde los nórdicos e ingleses son los que sostienen aquel mercado. Benidorm también ha abierto su salón municipal. Más arriba, la marina catalana, donde el punto neurálgico de visitantes sigue siendo Port-Lligat, el refugio de Salvador Dalí, imperando a su «calor» en abundancia los paisajistas de la Costa Brava, tan clásicos e inconfundibles en la pintura de nuestros tiempos.

Pero, en este año, con la exposición de Arte Románico sobran todas las restantes manifestaciones, pues este atractivo acontecimiento ha superado con creces cualquier esperanza de éxitos y resultados. Se puede asegurar que en esta exposición de Arte Románico europea, ofrecida simultáneamente en Barcelona y Compostela, ha figurado la más completa serie de obras valiosísimas, de un período espiritual, cuya cristalización artística alcanzó altura y calidad insospechadas con la vigorosa savia del Cristianismo. Ambas ciudades han exhibido piezas traídas de Alemania, Andorra, Bélgica, Francia, Inglaterra, Irlanda, Italia, Noruega, Suecia, Suiza y Vaticano, y cada uno de estos países ha exportado lo más representativo de sus propios tesoros cuidadosamente conservados durante épocas posteriores.

España, millonaria en joyas románicas a lo largo de su ruta jacobea desde la bahía de Rosas hasta el Finisterre, como nadie, se ha podido permitir el lujo de mostrar centenares de piezas y fotografías del incalculable caudal artístico que, salpicando su epidermis geográfica, prendió floreciente con la más grandiosa concreción humana de este período. Y así, pues, necesariamente tenían que ser Barcelona y Santiago la sede de esta sinigual manifestación, porque simultáneamente al depurado espíritu político de convivencia confederal puesto en vigor en el espacio que surge el románico en las Cataluñas de ambas vertientes pirenaicas,

va tomando vida junto al otro extremo peninsular, celta, occidental del Viejo Mundo, un foco igual que también habrá de enriquecerse de lo espiritual y religioso, por una ansiedad de piadosa convivencia cristiana: Compostela. Son Barcelona, cara al Mediterráneo, en lo tradicional e histórico. Santiago, galaico, en lo religioso y español. Y, ambas, dos fundamentos medievales de la más sólida y depurada europeidad, vienen a representar lo que no hace mucho se ha dicho: lo «condal» y lo «apostólico», dos dimensiones de la nueva *romanitas*.

Pues, con el pensamiento que alcanzó una superestructura política románica, corolingia, se hizo en Cataluña este término supremo de «conde» y «principado». Lo mismo Compostela llegó a conservar, con ideal sobrehumano, la conciencia de pertenecer principalmente a otro orden que nos lleva más lejos de lo terrenal, la *romanitas* religioso cristiana que pervive en las piedras basilicales de San Pedro y de San Lorenzo de extramuros de Roma, o de San Juan de la Peña y de San Vicente de Avila en España. Las peregrinaciones jacobeanas las dirige Occidente durante siglos comprometidos en luchas y de extremados sacrificios, pero es lo cierto que, a medida que nos aproximamos al Renacimiento, los nombres geográficos de los viejos itinerarios compostelanos se van oscureciendo poco a poco, desplazados por otros de signo bélico y de conquista: Granada y La Rábida, Breda y el Plata, Trafalgar y Oceanía, Bailén y los Andes. La épica poética del Santo Grial, nacida en la ruta que bordea el monte Pano, uno de los tradicionales itinerarios santiaguistas, dejaba de brillar sobre la noche de Occidente, para ser posteriormente arqueología inmortal y fecunda como la de todas las piedras jacobeanas que vertebran a Europa, emparentando la abadía benedictina de Kremsmünster de la baja Sajona con San Esteban de Segovia, el priorato de Notre-Dame de la Daurade del Mediodía francés con San Pedro de Siresa y la colegiata de Saint Pierre de Lovaina con San Isidoro de León.

En este intervalo, los trovadores germánicos tornaron a sus bosques mitológicos y dejaron de recorrer los caminos que discurren cerca del Monsalvat de Parsifal y sus caballeros, monjes custodios de la Santa Copa, quedaron reclusos en las entrañas monásticas de sus cenobios abadales. Decadencias éstas que arrastran los nombres antirrománicos: Calvino, Lutero, Juan Hüß... Hasta que Europa, mucho después, trata de recobrar la senda perdida y Lohengrin es escuchado de rodillas en Weimar y estremece primero a Turingia, Sajonia, Baviera; después, al Viejo Mundo entero, porque el *reaconto* trae consigo todo el amor cristiano de un tiempo muy distante, que como un sueño lleva en su melodía todas las palabras y narraciones de los peregrinos medievales. Es un poema bellísimo que cautiva el alma más fría y eleva cualquier espí-

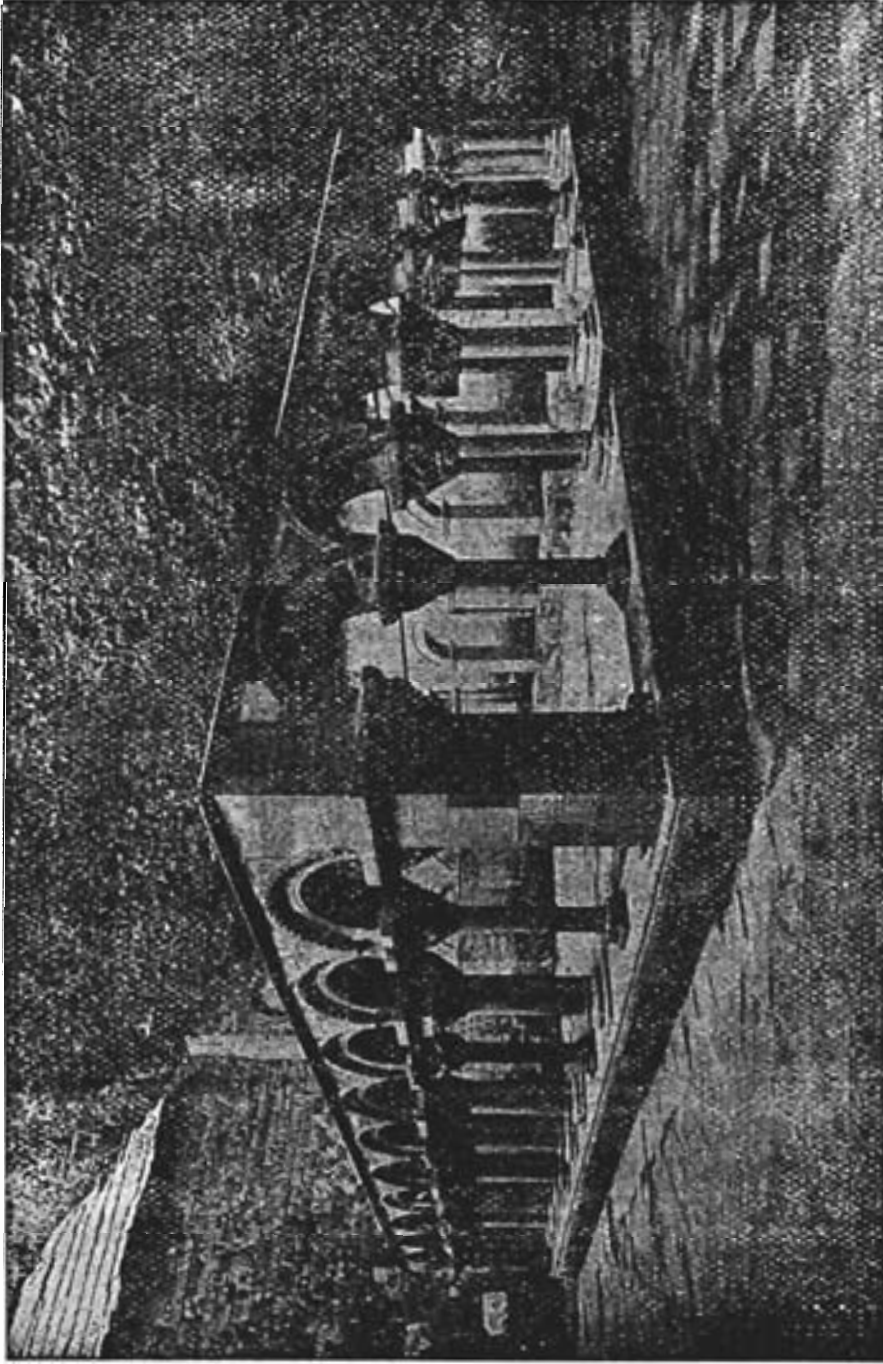
ritu ansioso de superar su ánimo; Elsa es la dulce imagen de una Europa que ansía seguir adelante y que, unida al sentir de sus antepasados, busca la continuidad con la más arrebatadora sensibilidad religiosa, y sus cánticos, unidos a esa fecunda arqueología, cuyas piedras dieron asilo a aquella nueva vida, fueron como un resurgimiento en la antigua toponimia europea jacobea y confederal, que al cobijo de sus abadías benedictinas o bajo las bóvedas seculares de Saint Sever de Gascuña, de la catedral de Peterborough, de San Trófimo de Arlés o de San Salvador de Leyre en la Navarra española, contemplamos de nuevo como si hubiera sido el aleteo victorioso, que eleva y surca su vuelo sobre viejas veredas, ahora sendas donde se encuentran los jalones del románico, para hacer hoy estación en la antigua y fabril Barcelona, asomada al mar latino, y en la Compostela, celta, de cuño occidental, donde como si se albergara en un nidal de cordura y sosiego para vivir durante unos meses la europeidad más rejuvenecedora y la edición española que revela toda una palpitante esperanza, frente a una crisis que salpica de odios y cubre de pasiones gran parte de su extensión continental, siempre fecunda, continua y auténticamente románica.

La exposición de Arte Románico ha sido la séptima, dentro de una serie realizada bajo los auspicios del Consejo de Europa, que tiene por finalidad exponer las grandes creaciones colectivas de los pueblos europeos en empresas conjuntas.

Su éxito ha ido mucho más lejos de nuestras fronteras y la realización de la misma se encomendó al Gobierno español, según el programa distribuidor de temas formulado por el Comité de Expertos Culturales, del que es miembro el director general de Relaciones Culturales, representante de nuestro país en el seno del Consejo de Europa y organizador de cuanto sea relativo a las aportaciones extranjeras.

Entre las finalidades de esta meritoria labor se destacó el haber hecho acopio de las diversas facetas del arte occidental desde la primera mitad del siglo XI hasta las primicias del XIII, tratando de resaltar simultáneamente todos los factores comunes y aquellos otros diferentes que caracterizan las condiciones humanas de cada pueblo. Manifestación que alcanzó una belleza especial, pero que también ha expresado el interés científico e histórico que representa el ubicar piezas de orígenes, procedencias y localización variadísimas.

El haberse fijado Barcelona y Santiago para esta exposición se ha justificado por varios motivos, entre ellos el de ser incluidos a su vez un monumento representativo del románico español: la catedral-basílica de Santiago de Compostela y los depósitos permanentes de arte de Cataluña. Así, pues, en Barcelona se dieron cita los objetos de diversos países bajo un criterio general. En Santiago se constituyó



San Juan de la Peña. Claustro

una colección de obras escogidas, hoy subsistentes en las rutas del peregrinaje y que tan elevado significado tuvieron para la realización de nuestros pueblos bajo el mismo común denominador.

Hemos contemplado la sección de Barcelona en el palacio nacional de Montjuich, viendo instalada la exposición en sus plantas baja y alta del mismo edificio. En la planta baja fueron exhibidas gran parte de las colecciones permanentes del Museo de Arte de Cataluña, con algunas pinturas murales clásicas de esta región, figurando también una bellísima talla belga, un tímpano de piedra de procedencia galaica y la gran cruz de piedra de Dysert O'Dea del condado de Clare (Irlanda), así como una notabilísima colección de manuscritos iluminados. En el piso alto y por orden geográfico, aquellas colecciones y objetos traídos de la Europa occidental próxima al Mediterráneo: los pueblos latinos que se asentaron en las penínsulas Ibérica e Itálica y en la Francia de hoy, destacando también otra serie que viene a relacionar el arte románico con la cultura islámica; a continuación venía otra muestra del arte de los países que formaron el Sacro Imperio y algunas zonas próximas —Alemania, Austria, Bélgica y Holanda—, así como una importante serie inglesa e irlandesa, al lado de la representación enviada por países escandinavos.

Además, se han visto documentalmente varios conjuntos representativos del románico más allá del «telón de acero»—Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Yugoslavia—, debidamente agrupados según su localización a la temática de cada uno.

La exposición de Barcelona se completó con una riquísima aportación de carácter numismático, diplomático y sigilográfico, además de ser una interesante evocación bibliográfica y documental en torno al arte románico y su estudio a partir del siglo XVIII, valorando principalmente la obra de aquellos investigadores locales que ya no viven.

Muy lamentable hubiera sido la ausencia del Altoaragón a este magno certamen, puesto que nuestra región es sin ningún género de dudas una de las primeras españolas por el número y calidad de sus monumentos pertenecientes al románico patrio, correspondientes a la época de la arquitectura cristiana medieval. Universalmente se conoce que en Huesca y su provincia existe una copiosa serie de indiscutibles obras arquitectónicas del período comprendido entre la undécima a la décimotercera centuria, representativas del más puro románico, todas ellas de expresión y dimensiones artísticas difícilmente de superar.

Huesca, desde los altos valles de su montaña hasta las tierras bajas de su geografía altoaragonesa, cuenta, en abundancia, con diversos y singulares monumentos religiosos y civiles dentro de la más variada temática, entre ellos son las catedrales primitivas, los monasterios y



abadias, sus castillos roqueros, los santuarios marianos, torres y murallas, los palacios de la primera dinastía aragonesa. Todo ello viene a armonizar el más rico conjunto, que lleva a una vivísima expresión de formas y perfiles en estrecha función con lo proporcional y geométrico de su clásica estructura.

En la sección de Barcelona, instalada en el palacio nacional de Montjuich, han cautivado la atención, tanto al técnico como al turista, las pinturas de la sala capitular del monasterio de Sijena, que trágicamente perdieron su cromatismo primitivo en el incendio sufrido por aquel histórico cenobio en el verano de 1936. Fueron depositados por la comunidad sanjuanista propietaria y se han calificado por los más autorizados como uno de los primeros monumentos de la pintura románica europea del siglo XIII, de marcado estilo bizantino.

En la misma sala que aquellas pinturas fue mostrado el famoso frontal de Berbegal, procedente de los fondos del museo del seminario de Lérida, juntamente con cinco tumbas góticas del monasterio vallisoletano de Matallana, hoy en el Museo de Barcelona.

En la sala cuarta del piso alto de este palacio -exposición de Montjuich, junto a los motivos arquitectónicos de Besalú, Gerona y otros lugares del Pirineo, se presentó una vitrina con las mitras de san Victorrián, pertenecientes al palacio episcopal de Barbastro. En esta dependencia también se contemplaron algunas imágenes marianas de talla policromada, esculturas típicas de los valles de Andorra y del Pirineo catalán, varias cruces de cobre dorado, además del bellissimo báculo de marfil que usaba san Ramón, obispo de Roda, procedente del tesoro de la catedral de Roda de Isábena.

La sección de Compostela se dispuso a la sombra de la basílica dedicada al apóstol Santiago, cuyo románico interior y su escultura propia del mismo tiempo se relacionan con la arquitectura del palacio de Gelmírez, así como con los dos pisos que constituyen el Museo catedralicio.

El palacio de los Arzobispos, más conocido por el de Gelmírez, data de los últimos años del siglo XI, y su vetusto aspecto es el de una fortaleza, con paramentos de grandes bloques de sillería y adosado a la muralla; en los siglos posteriores fue embellecido con una finísima ornamentación escultórica, destacando en su conjunto las ménsulas y nervaduras del conocido salón de la planta noble.

Recorriendo la exposición en este palacio de Gelmírez, llamó poderosamente la atención el san Juan Evangelista de la catedral de Roda de Isábena, que perteneció a un «calvario» de principios del siglo XII y cuya

talla se reputa como una de las más interesantes de su género, dentro del arte pirenaico en su aspecto más monumental. En la interpretación de estos «calvarios» románicos una mano sostiene la cabeza acongojada de san Juan ante el drama cumbre de la Pasión, a la vez que la otra permanece descaecida y resignada sirviendo de apoyo al codo como en este de la catedral de Roda. Evidentemente, desde lo alto de la cruz en la «primera palabra» acaba de ser proclamado «hijo» el discípulo amado, casi un adolescente. Allí quedó a los pies del Crucificado, y el dolor plasmado en el rostro de la Madre se extiende también en toda su teoría a esta otra pieza, cuya cabeza reposa sobre los miembros cadavéricos del Redentor con su serena grandeza y sobrenatural expresión. Otra indiscutible representación de esta faceta del arte altoaragonés fue la conocida Virgen sedente del Museo Provincial de Huesca.

Estamos en el gran salón, llamado sinodal, porque en él han tenido lugar importantes reuniones eclesiásticas, pero que por hallarse representadas en sus ménsulas varias escenas de festines y algunas figuras ejecutando conciertos con instrumentos musicales, hace suponer que fuera erigido para fiestas y banquetes. En sus muros resaltó el gran frontal de Santo Domingo de Silos—hoy en el Museo Arqueológico de Burgos—y el retablo perteneciente a este monasterio, en el que la figura del *Agnus Dei* está flanqueado por los profetas y apóstoles bajo doseles. Junto a estas piezas quedó expuesta la gran arca del siglo XII llamada de San Valero, también procedente de Roda de Isábena, y que seguramente fue fabricada en Conques.

Los marfiles creemos que estuvieron poco representados. Con la famosa arqueta de las Bienaventuranzas, se presentó el fragmento con escenas de la vida de san Millán, del Museo Arqueológico Nacional y el báculo y los peines del tesoro de Celanova, destacando junto a todo esto el famoso peine de arte islámico de la catedral de Roda, guardado en su bolsa primitiva.

Del museo de Roda de Isábena se envió la mejor pieza del mobiliario español del siglo XII: la bellísima silla plegable de san Ramón, de madera de boj primitivamente labrada según un modelo que posiblemente predominara en la época, aunque no llegase a alcanzar tanta riqueza como ésta.

Tres mitras representaron las artes textiles, una de Celanova y dos de la catedral de Roda, y también una estola procedente de Calahorra, hoy en el Museo Arqueológico Nacional.

Una puertecita conduce del gran salón al pórtico de la Gloria, y de éste, por una escalera, se desciende a la cripta, «catedral vieja». En estas piezas, donde se halla incólume el arte compostelano del siglo X, fueron instalados algunos elementos sueltos de excepcional interés, destacando





**Santa Cruz de la Serós, Iglesia**

varios fustes de mármol y fragmentos de otros dos procedentes de una de las portadas destruidas de la basílica y que posiblemente se relacionan con la escultura de la catedral de Jaca, fechada, al parecer, a finales del siglo xi.

En la segunda planta del Museo de la catedral, compuesta de tres salas, destacó mucho una notabilísima colección de capiteles pertenecientes a iglesias y otros fondos de Jaca, los cuales ponen de manifiesto el reflejo más completo de cómo fue evolucionando la escultura románica jaquesa, desde el capitel con figuras de la iglesia de Santo Domingo, de extraordinario clasicismo, hasta otro con la «Anunciación» y la «Natividad»—hoy de la colección Generoso Lacasa, de Jaca—, procedentes de los claustros de la catedral de Jaca, que originariamente reflejan las modalidades del maestro de doña Sancha, autor del sarcófago de esta princesa aragonesa, quien testó en 1095.

La tercera y última sala exhibió una serie de obras no compostelanas pertenecientes al último cuarto del siglo xii, donde estuvieron expuestos un valioso relieve en mármol de la iglesia de La Daudare—hoy en el Museo de los agustinos de Toulouse—, unos capiteles españoles de Aguilar de Campoó, una escogida colección del románico altoaragonés representada por nuestros conocidos capiteles procedentes de la iglesia de San Pedro el Viejo de Huesca antes de su desafortunada restauración a finales del siglo pasado, y los del real castillo-abadía de Montearagón, todos ellos hoy en el Museo Provincial de esta ciudad. Junto a estas piezas se incluyeron el tenante central del altar mayor de la catedral de Orense y un fragmento, muy bello pero algo mutilado, que en su tiempo decoró la dovela de un arco del monasterio de Silos.

Pero si volvemos a la sección de Barcelona, después de apreciar en la sala XIV del piso alto del palacio nacional de Montjuich la colección de artes suntuarias francesas, entre las que llamaron la atención la arqueta de Bellac, del estilo de Conques, la de Malval, las de Limoges y la famosa cruz de Liesses, sentimos el gran vacío que suponía la ausencia de las mundialmente conocidas arquetas de reliquias, obra de Limoges, pertenecientes al Museo de la catedral de Huesca. Estas tres piezas, por sí solas, sin ningún género de dudas, hubieran constituido la más espléndida representación del tesoro iconístico de nuestra patria, pertenecientes al siglo xii, cuya factura es idéntica a las arquetas del Museo cluniacense de París y de las del Louvre, dada su composición, las incisiones geométricas y la gran viveza de sus esmaltes.

Aunque no deseamos conocer cuáles fueron las razones por las que esta aportación altoaragonesa no llegara a ser tan exhaustiva y completa, como corresponde al valioso caudal de su románico, sí vamos a decir algo, aprovechando la coyuntura que nos brinda esta oportu-

nidad, sobre el aprovechamiento y concurso que ahora y siempre puede representar esta riqueza artística nuestra, como fuente de estudio e interés para mostrar lo que aquel lejano mundo de sosiego, en lo religioso, y de fortaleza e inquietudes fue ante los enemigos de las propias ideas surgidas dentro del románico. Sobre este problema hoy se enfrentan en realidad, como previó Donoso Cortés, sólo dos fuerzas: la espiritualidad cristiana—basada en la flaqueza congénita del hombre, en su inclinación al mal y en la Redención—, y el materialismo paladino o enmascarado, que trata de aniquilar los cimientos de la civilización. Por ello, una dedicación extensa, bien preparada e inspirada en este interés exclusivo hacia los monumentos románicos y su época, posee un magnetismo en el mundo que hace revivir los pensamientos que perecieron con el Renacimiento y que mantiene la esperanza de recobrar la fe perdida, ya que ellos simbolizan entre otras cosas la unidad de los pueblos cristianos, frente a lo que ahora llamamos hermanos separados. Quizá desde los primeros reformadores no haya vuelto a existir una expectación tan enorme como la que hoy, a mediados del siglo xx, mantiene los espíritus en tensión desconocida. El anuncio de un nuevo Concilio Ecuménico ha contribuido también a incrementar esta ansiedad ante el futuro religioso más o menos inmediato. Son millones y millones los seres humanos que en estos instantes de preocupación no pestañean. De aquí que, un conocimiento extenso, doctísimo, cristalino, inspirado en el amor de la Iglesia primitiva, posea una atracción de primer orden en el mundo de nuestros comunes pensamientos. Con la existencia de estas piedras monumentales y con los recuerdos del mismo período, conservados a través de los siglos, tenemos ante nosotros toda la obra de peculiar estilo, religiosamente profunda y sencilla a la par, prácticamente necesaria para abordar cualquier tema fundamental y esencial de la doctrina católica, en cuyos primitivos vestigios arquitectónicos cobran su verdadero y divino sentido las parábolas y metáforas evangélicas sobre la permanencia de Cristo en la tierra. Es decir, una permanencia que no sólo a través de enseñanzas verbales y ejemplos quedó manifestada, sino que también logró su fecundidad con los pensadores cristianos y los fieles artífices comprendidos en el mismo Cuerpo Místico.

Este importante conjunto de monumentos dota a nuestra provincia de un valor excepcional. Sin duda no va a la zaga de los mejores existentes en otras regiones españolas, por lo que trazando su cuadro geográfico, hallamos en él una exposición magistral de las peculiaridades de cada grupo digno de consideración. Su variedad es caudalósísima y propia, altamente merecedora de consideración para el especialista y el hombre espiritual interesado, por ello creemos sea oportuno que ahora que no

resulta raro el trazar rutas en las que se jalonan todas las fuentes vivas de cualquier conocimiento humano, como ocurre en nuestra patria con las rutas de: «Don Quijote» en la región manchega, la de los «Pantanos» en la Alcarria, la del «Vino de la Mancha» entre Argamasilla de Alba y Manzanares, la de los «Conquistadores» en Extremadura, la de los «Castillos de Segovia», los «Lugares colombinos» en Huelva, etc., se llame la atención de quienes encauzan las corrientes turísticas del Altoaragón para que tengan en cuenta esta exposición permanente de valores propios en sus guías y catálogos monumentales.

No hace mucho se hacía la observación de que en Madrid, cercada de alambre de espino, existe una pequeña joya auténticamente románica y que, junto a ella, por no decir en ella, hay un basurero. Efectivamente, en un rincón escondido del Retiro está hurtada a la contemplación de tantos vecinos de la capital que no la han visto por no saber que ni siquiera existe. A lo cual también debemos advertir que esta falta de conocimiento la tenemos bien cerca de nosotros. ¿Cuántos turistas llegan a Huesca y no alcanzan la iglesia de San Miguel, porque está en los extramuros? Falta indudable de cultura artística, que no puede dejarse al cuidado de las agencias de viaje o de una guía de paradores y hoteles. De ese copioso caudal de divisas que por turismo se vierte anualmente en nuestro país, y del que el Estado es el primer beneficiario dentro de su ejemplar política hacendística, ¿no se podría consignar lo necesario para una mejor conservación y dar a conocer, a su vez, las obras monumentales que integran nuestro tesoro artístico?

Nosotros creemos que sí, sobre todo por hallarnos en una tierra que en su conjunto, aunque tenga mucho de canción, tiene mucho de retablo, muy a tono de las emociones antiguas, medievales, que prevalecen, repristinadas por una fe viva, actual, en la que su culminación palpita en ese arte que aún se conserva, como los caldos nobles, habiendo sido posible con los años este respeto y tradición secular, como lugares donde aún pervive el recogimiento y el culto interior. Al viejo manuscrito que guardaba la crónica de un tiempo se suma ahora el sitio donde se centró su idea y origen, mantenido posiblemente con riesgo y paciencia, surgido un día apartado y oculto, o bien en el corazón pétreo de pueblos y ciudades, para conservarse siglos después y florecer con todo el fervor y maestría que fueron consagrados a su primitiva estructura.

La distribución de estas piezas memorables, muy ricas dentro de la historiografía artística española, hace que no sea difícil el abrir paso a esta posición conservadora y de exposición con relación a las construcciones y tesoros que guarda la provincia de Huesca. Es probado que, durante la Reconquista, los prelados y los monasterios irradiaron



Castillo de Loarre, visto por Vicente Vallés

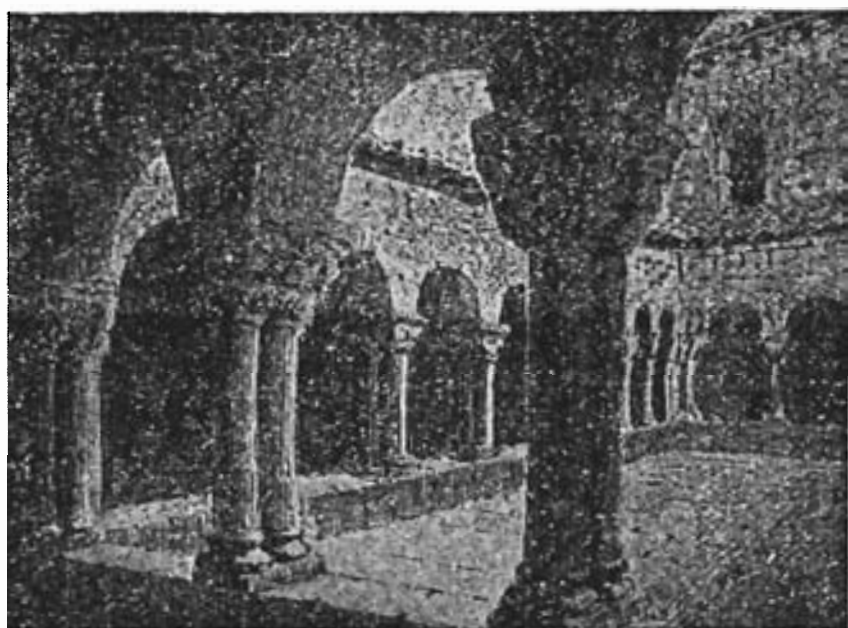
al pueblo un grado de cultura que, tras la invasión sarracena, se fue incrementando poco a poco después del hundimiento del período visigótico isidoriano que fenece con la invasión. Y no es menos sabido que los monarcas de las primitivas dinastías tuvieron fama de poseer la mayor cantidad de valiosas joyas con las que se levantaron y enriquecieron templos y conventos, palacios y edificios militares, y ocho siglos de luchas y expoliaciones no han bastado para agotar los destellos de aquella civilización, que tanto en el ambiente ciudadano como en el rural vinieron a reflejar los géneros de vida y sus condiciones naturales, respondiendo a una tradición de formas y figuras que estrecha al Altoaragón con las comarcas cercanas, en la misma frontera pirenaica, ya que los operarios y artífices con idénticos problemas y pensamientos dieron lugar a soluciones parecidas, aunque adaptadas a las variedades geográficas de cada sitio.

No es fácil sacar los tipos característicos de cada elemento monumental para reunirlos en un solo grupo a lo largo de un determinado itinerario, por ello vamos a considerarlos dentro de su diferenciación más completa para constituir una abundante representación del románico, primitivamente conservado por los prioratos y abadiados, permaneciendo después al cuidado de las parroquias para ofrecer su sombra a montes, bosques, aguas, pastos y bienes comunales. En definitiva y como en la actualidad son ya muy escasas las dificultades a superar en cuanto al transporte para acercarse a cada uno de estos lugares, ya sea por ferrocarril y carretera o camino vecinal, hemos trazado tres itinerarios que en su conjunto pueden llegar a formar «La ruta del románico altoaragonés», constituida por las siguientes variantes: 1.<sup>a</sup>—Huesca, Bolea, Loarre, Ayerbe, Concilio, Agüero, Murillo de Gállego (Zaragoza), San Juan de la Peña, monasterio de Iguácel (Acín-Larrosa), San Pedro de Lárrede (Oliván), Jaca, Santa Cruz de la Serós y San Pedro de Siresa. 2.<sup>a</sup>—Huesca, castillo de Montearagón, Barluenga, San Miguel de Foces (Ibieca), Liesa, Casbas de Huesca, Alquézar, Pertusa, Berbegai, Peralta de Alcofea, Monzón, Tamarite de Litera, Fraga, Chalamera, monasterio de Sijena, Castejón de Monegros, Pallaruelo, Monflorite y Pompeín. 3.<sup>a</sup>—Barbastro, La Puebla de Castro, Capella, Roda de Isábena, monasterio de Alaón (Sopeira), monasterio de Obarra (Calvera), Villanova, Benasque, Aínsa, monasterio de San Victorián (Pueyo de Araguás), San Martín de Buil y Torla.

Y para facilitar más aún la visión de este armonioso conjunto monumental, no creemos sea difícil instalar una red de señalizaciones dentro de cada núcleo urbano, indicando los lugares dignos de visitarse, estableciéndose igualmente en las carreteras el mismo sistema de llamadas para que el turista y el viajero se den cuenta y hallen inme-



diatamente el cautivador acogimiento que cada sitio haya de proporcionarle, tal como, no obstante sus escasísimos recursos, viene haciendo la Comisión Provincial de Monumentos. Es decir, que todo ello sea devoción y hospitalidad, santuario y fortaleza, gentileza y señorío, mansión y convento. Además, a ser posible, que cada museo tenga su sección románica con sus piezas recuperadas y conservadas, maquetas, gráficos y fotografías. Igualmente sería muy interesante el retorno a su lugar de origen, o bien a la provincia, de cuantas obras puedan retraerse, y



Huesca. Claustro de San Pedro el Viejo

también sean reconstruidos, aunque sea parcialmente, claustros con los capiteles primitivos que ahora yacen olvidados o almacenados, como ocurre actualmente con los de San Pedro el Viejo de Huesca y los de Montearagón, hoy en el patio del Museo Provincial.

Se nos ha dicho que en el edificio recientemente restaurado de la antigua Universidad sertoriana, denominada hoy Casa de la Cultura, van a depositarse los fondos del Museo Provincial; nosotros creemos que no sería muy oneroso el montar dentro de su espacioso patio octogonal un claustro románico, en el que aquellos capiteles fueran uno de los motivos fundamentales para una esplendorosa armonización y enriquecimiento artístico, dentro del proyectado museo de nuestra ciudad. Y también indicamos que, un enfocamiento adecuado

de luces, estudiado previamente, podría proporcionar a cada ábside, pórtico y torre una grandiosa perspectiva de color en la noche, con sus sombras, formas y perfiles, estrechando lo proporcional con la belleza y el sosiego para quedar fundidos todos en una misma paz seráfica.

Sin posibilidad de duda, puede creerse que en Huesca y su provincia existe un hecho plástico de tal riqueza, que por sí solo puede constituir un motivo exclusivo para encauzar hacia ella una corriente turística de primer orden, donde la exaltación y el análisis de su románico en las diversas facetas que contiene hagan posible esta «ruta del románico altoaragonés», con sus primores arquitectónicos, decorativos, iconográficos y ornamentales, brindando por sí solos, en el mismo cuadro ibérico, una notable atracción de dentro a fuera a cuantos con sensibilidad y gusto artístico, tanto españoles como extranjeros, aprecian el estilo románico y su momento netamente europeo, paralelamente unido a la empresa propiamente nacional, seguidora de las corrientes generales que vinieron a modelar las características de las diversas regiones que habrían de constituir los pueblos de occidente. El Ministerio de Información y Turismo ha venido desarrollando una meritoria labor con su propaganda sobre los monumentos de la provincia de Huesca, y millares de folletos han sido distribuidos, pero creemos que esta divulgación sería más completa si con impulso oficial se creara esta «ruta» con los itinerarios señalados, jalonándose así las obras más representativas de nuestro románico especial, y revalorizándose en grado sumo los restos artísticos memorables que le pertenecieron y que son reliquias preciosas de su época.

ANTONIO BASO ANDREU